

LAS ABUELAS SABEN MUCHO

“Un vendaval había asolado los alrededores de un pequeño municipio, las comunicaciones llevaban cortadas cinco días, y con ello la provisión de alimentos del exterior. Se preveía que en los próximos días se reanudase toda la actividad con normalidad.

Frente a las adversidades, todo el municipio se había unido para suministrar alimentos a todo el que lo necesitase, y así poder sobrevivir unos pocos días más hasta que se restableciesen las comunicaciones y llegase alimento de nuevo, pero Paco, el frutero, se sentía inútil, pues sus frutas habían madurado de más y ya no servían de alimento. Él quería ayudar, pero no sabía cómo, no tenía nada que ofrecer, sus frutas no tenían ninguna utilidad.

Jimena, la lechera, sentía impotencia, pues sus vacas daban tal cantidad de leche que podría alimentar a todo el municipio entero varias veces al día y aun así sobraba. No quería que su leche se desperdiciase. Así que, sentados en un bordillo del parque, Paco y Jimena comentaban sus preocupaciones, mientras el pequeño Mateo, que había oído toda la conversación, decidía dejar de jugar a la rayuela y sentarse con ellos para contarles lo que hacía su abuela Francisca cuando iba a visitarla en verano a la costa. Francisca, harta de que Mateo no comiese fruta y se pusiese demasiado madura, había decidido preparar batidos con fruta, para que la comiera de una manera más divertida. La abuela se quedó sorprendida, pues el dulzor de la fruta madura había hecho que Mateo pidiese más batidos e ingiriese la cantidad de fruta recomendada diaria.

Jimena y Paco al oírlo vieron solucionados sus problemas, decidieron unir fuerzas y dar oportunidad a los batidos de los que hablaba el pequeño Mateo. De este modo y sin haberlo planeado, tenían otro tipo de alimento con el que nutrir a los niños más pequeños que eran reacios a comer fruta. Además, al ser más dulce la fruta madura y batirse con leche, los niños del municipio, tal y como le pasaba a Mateo cuando iba a casa de su abuela Francisca, solo pedían batidos a todas horas. Tanto fue así que, pasado el vendaval y volviendo las comunicaciones con el exterior, el éxito de los batidos permaneció y se extendió a los municipios vecinos, hasta el día de hoy.”

Manuela cerró el libro, miró a Mateo, su padre. Este se agachó para estar a su altura, leyó el título de la historieta y le preguntó por la moraleja.

- “No es una fábula, papá. No puede haber moraleja”.

- “Somos animales también, Manuela, claro que puede haber moraleja”.

La pequeña se quedó pensativa durante un buen rato hasta que se pronunció:

- “¿Quiere decir esta historia que las cosas tienen segundas oportunidades, como la fruta muy madura que sabía dulce y servía para hacer batidos?”

Su padre asintió, y añadió:

- “Y la leche. La leche también tuvo una segunda oportunidad para no ser desperdiciada”.

- “No lo entiendo. Entonces, papá, ¿la moraleja es que la leche y la fruta tienen segundas oportunidades?” pronunció Manuela contrariada.

- “La moraleja es que la leche, la fruta, las personas y cualquier cosa tienen segundas oportunidades, pero para ello a veces es necesario la ayuda de otras cosas o personas para poder conseguir esa otra oportunidad”.

- “Entonces, los batidos de fruta no serían batidos sin fruta ni leche” concluyó Manuela.

- “Así es”.

- “Pero papá, ¿significa que yo también puedo volver a jugar al baloncesto gracias a la silla adaptada, que puedo volver a hacer mi deporte favorito?” preguntó la pequeña con los ojos brillantes.

Mateo sonrió y agradeció en silencio a su abuela Francisca, porque sus batidos de verano habían dado solución a muchos problemas. Ayudaron a Paco y Jimena cuando el vendaval, y ahora habían hecho que su hija, Manuela, aceptase la silla de ruedas adaptada como una ventaja para poder volver a jugar al baloncesto, y se diese cuenta de que siempre tendría oportunidades en la vida, le pasara lo que le pasara.